

Suscripciones

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Año III. Murcia 19 de Enero de 1890. Núm. 82.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
médicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 15 céntimos.

Redaccion y Administracion
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suseri-
tores.
La correspondencia al director.

La Union Murciana

SOMBRERERIA
DE

A. RIQUELME.

Calle de la Platería núm. 42.

Murcia.

Gran novedad en sombreros in-
gleses á 9 pesetas, regalando caja
y cepillo.

Gorras desde real y medio en
adelante.

 **Gonzalez Vera** 
DENTISTA DE S. M.
Sucesor de los

SRES. FRANZELIUS Y DELGADO
17, Sociedad, 17.

Pone en conocimiento del público
murciano, que actuará en este antiguo y
acreditado gabinete, donde los clientes
encontrarán los mismos precios é igual
esmero que se han venido usando.

Opera gratis á los pobres, de 10 á 12
de la mañana.

En este laboratorio mecánico, se cons-
truyen dentaduras, sin cubrir el paladar,
sin muelles, piezas parciales de uno ó
más dientes y sin ganchos, por ser estos
causa de la destrucción de las inmediatas.

Dentaduras con presiones múltiples; id.
con paladar sin presión; colocación de
medios dientes, sin pivot ni aparato; ar-
reglando todas las piezas deterioradas y
reparaciones en las mismas, y todo cuan-
to se relacione con esta mecánica profes-
ión.

Comunicación tel-fónica, de 6 de la ma-
ñana á 6 de la tarde.

TELÉFONO NÚMERO 67.

17, SOCIEDAD, 17.

FOTOGRAFIA DE

Federico M. Terol

Calle de Balboa.

La Juventud Literaria

LA CARIDAD DE LA REINA.

En «La Epoca», refiere *Mascarilla* el
siguiente episodio, que pone de mani-
fiesto una vez más la bondad de la
Reina Regente.

«Era la noche con que sueñan los
niños—dice—la de la víspera de Re-
yes; hace cinco días. En un miserable
sotabanco, víctima de la miseria y del
frío, una infeliz familia, desheredada
completamente por la fortuna, veía con
horror, pasar aquellas horas, tan feli-
ces en otros hogares y tan amargas
en el suyo.

Yacía el padre sobre un pobre jer-
gón. La madre en vano procuraba dar
alivio al desfallecimiento de su ánimo
á las dolencias de su cuerpo; y á su
lado, siguiéndola como su misma som-
bra un niño, de rostro demacrado y
cabellos rubios, miraba con ojos en-
grandecidos por el espanto la descon-
soladora escena.

Cesante el jefe de la familia desde
hace mucho tiempo, larga tarea fuera
la de referir cuántas angustias se su-
frieron en aquella casa.

—Mamá—dijo la pobre criatura, que,
aun dominada por tantos sufrimientos,
dejábase todavía seducir por el pres-
tigio de las leyendas infantiles.—¿Ven-
drán los Reyes Magos?

Dos lágrimas asomaron á los ojos de
la pobre mujer. El padre, sonriéndose
á la par con tristeza, exclamó:

—No, hijo mio; los Reyes no se
acuerdan nunca de nosotros los infe-
lices.

A poco llamaron á la puerta; co-
rrió la madre á abrirla, y apareció en
su umbral una dama elegantemente
vestida, y detrás un lacayo de galo-
neada librea. La dama era un ángel
de la caridad, que llevaba para aque-
llos infelices numerosos auxilios en
dinero, en mantas y en bonos.

Quedáronse los pobres sobrecogidos
por la sorpresa y por el gozo.

—¡Pero, señora, por Dios!—excla-
maba la madre.—Dígame usted á quién
debo tantos favores.

—¿Verdad que á los Reyes Magos?—
interrumpió el niño, persistiendo en
sus ideas.

—No á los Reyes Magos—dijo en-

tonces la dama,—pero si á una ex-
celsa señora, bondadosa y angusta,
dechado de virtudes, que es la madre
de un rey.

—¡Benlito sea Dios!—dijo el padre.
Y la madre, con los ojos arrasados en
lágrimas:—¡Bendita sea la Reina!

Entre tanto, el niño, sonriendo tris-
tamente á la dama, preguntábale:

—Pero, diga usted, ¿por qué no me
ha traído juguetes?

Supo luego la angusta señora todos
los detalles de aquel cuadro conmove-
dor, y al conocer las últimas palabras
de la infeliz criatura, cogió uno de los
juguetes mejores de su hijo y se lo dió
á la dama para que se lo llevase en
seguida al del pobre cesante.

Y hé aquí de qué manera ha ido á
parar á un miserable sotabanco uno de
los juguetes del Rey niño.»

EL BESO

Beso ardiente, embriagador, beso de
amor.

¿Qué es amor? ¿Qué es un beso?

Hé aquí dos problemas resueltos hi-
potéticamente.

Nadie ha encontrado la solución
cuando unas no convienen con otras.

Han dicho que el amor es una llama
santa y yo lo niego.

La santidad consiste en la dicha, en
el consuelo, en la abnegación, en la
conformidad, no en los celos ni en la
ambición; no en la locura ni en la de-
sesperación.

Y el amor es el placer y el dolor, el
abatimiento y la esperanza, la fe y el
desencanto, la gloria y el infierno.

Unido al corazón, logra imponerse á
nuestra voluntad y nos sujeta y somete
á la suegra; es el hipnotizador por ex-
celencia.

Han dicho que el beso es la expresión
de un sentimiento del corazón, porque
el beso impreso en una boca parece mis-
terioso fluido que penetra en nuestro
ser, grabando allí en el alma un recuer-
do que el alma lleva á las inmortales
regiones.

Beso maternal, yo te bendigo!

Beso de amor, yo te deseo!

Quiero descubrir ese placer que igno-
ro, ese imán que atrae, esa fuerza po-
derosa que arrastra mi corazón por el

